

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redacción, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRAJERA, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

La *gravedad*, considerada de varios modos,—y siempre á gusto del consumidor,—acaba de inspirar á mi amigo y antiguo compañero Ramon Correa un artículo que ha visto la luz pública en *La América* y reproducen algunos diarios políticos, sin duda por no tener asuntos más importantes de que ocuparse.

Como el mundo está perfectamente arreglado, como cada cosa ocupa su natural asiento, lo mejor que hoy podemos hacer es meter la hoz en eso que se llama *gravedad*, considerada la palabra socialmente.

Correa no puede transigir con los hombres graves. Lo comprendo. De la misma manera los flacos no pueden transigir con los gordos,—ni los ratones con los gatos.

¿Qué es *gravedad*? Newton midió la fuerza de los cuerpos graves. La física se puso muy hueca; pero la gravedad del cuerpo llamado hombre no ha podido medirla nadie.

Coja Vd. un pedazo de alcorcho, vístalo de frac y corbata blanca, en seguida déle Vd. un puntapié, empujándole al mundo con esta sacramental oracion: ¡A vivir, tropa! y verá Vd. lo que sucede. En igualdad de materia, la física hace aumentar la velocidad segun la distancia; en igualdad de desvergüenza, la ciencia social produce el mismo efecto.

No es la materia quien hace al hombre grave; por el contrario, cuanto más se aligere el bulto, más pronto cae de pie en el mundo.

Quitele Vd. á un cuerpo el pudor, la vergüenza, la buena fé, la dignidad, y en seguida verá Vd. un aumento notable de fuerza de gravedad que le llevará á los puestos de más peso.

No estoy conforme con la teoría de que el asno es el maestro de la gravedad, cuando le veo siempre condenado á duro trabajo y á oscuro porvenir.

Si el asno pudiera expresar su sentir con la pluma, como nosotros, digo á Vd. que habiamos de oír peregrinas cosas en defensa de su noble gravedad, sacada á pública luz para disculpar la mala ó buena suerte de algunos cuerpos vaporosos.

¡El asno! pobre sér, á quien, en el festin de la vida, apenas se le reservá un poco de paja, cuando él es tan aficionado de la buena mesa.

Él saborea con sensible fibra los acordes de la música amorosa, y apenas abre la boca para expresar los deseos que llenan su pecho, todo bicho viviente se alarma y le contempla con sonrisa de burla.

Se vé por ahí un estúpido con aire de hombre principal, hace fortuna, y en seguida se dice que su gravedad es la del asno.

¿Qué confusion de los más notables rasgos de la noble fisonomía del burro!

Busque Vd. al hombre bueno y morigerado, condenado al perpétuo trabajo y á toda clase de penalidades,—desde la intemperie al hambre,—quitele Vd. el producto de su sudor y déle unas cuantas piedras para reposar su cabeza por las noches, y en seguida puede usted decir con orgullo que ha encontrado el asno, segun el sentido que dan á las palabras los adoradores del Dios Exito.

Pero, ¿qué tiene de asno el hombre que se da apariencias de seriedad para encubrir la falta de talento y quizá la sobra de los vicios, y escalar de ese modo las posiciones que debieran ser patrimonio de las inteligencias privilegiadas? Éste no es el asno, es el pilla de siete suelas.

Correa no está muy exacto, y quizá se haya dejado llevar de su natural ligereza al hablar de gravedad.

Hay hombres que se indignan contra la sociedad porque les han salido mal sus planes; y en vez de indignarse contra sí mismos ó pararse á examinar su propio individuo, encuentran más cómodo soltar una frase irónica disculpando su derrota.

Existe una grave preocupacion entre cierta gente, y es la de confundir lastimosamente la chispa con el talento.

El verdadero talento tiene siempre algo grave, aun en medio de sus mismas extravagancias; pocas veces, ó ninguna, el hombre de levantada inteligencia se aviene á servir de bufon.

El chiste ligero, la oportunidad de la frase es un dón especial que no debe confundirse con el talento profundo, de suyo pensador.

En la escala social debe empezarse por un orden inverso al que muchos aplican bajo un punto de vista engañoso.

Generalmente los hombres *traviesos* se encaraman los primeros á los más altos puestos; vienen detrás los hombres *ligeros*; siguen los *graves*, y el último turno suele ser para el *talento* honrado.

Tampoco es justa la especie de burla que intentan muchos hacer de los hombres graves, diciendo que basta ponerse gafas, enseñar la calva y enderezar el cuerpo para que se le tenga por una notabilidad.

¡Hombre, si no es eso!

Enhorabuena que ni la calva, ni las gafas, ni la barriga hagan de un zoquete un hombre de ingenio; pero, ¿quiere usted que el médico vaya á visitar á un enfermo y entre en la sala bailando y cantando aquello de *Suripanta, la suripanta... etc?*

¿Ó le parece á Vd. oportuno que un juez de paz se presente en Capellanes y baile las habaneras como cualquier cursante de filosofía?

Quedamos en que la gravedad no es el talento; pero el talento debe ser grave porque debe ser digno.

Luis Rivera.

TEATROS.

PRINCIPE: *La paz de la aldea*, comedia en cinco actos, arreglada por D. Narciso de la Escosura.

«¿Qué cosa es infierno?» preguntaba el cura de un lugar á cierto penitente lugareño.

Y contestaba el interrogado, siguiendo al Padre Ripalda:

—«Infierno es un lugar...»

—«Basta,» exclamó el cura interrumpiéndole. «Está perfectamente definido: el infierno es un lugar,—y cada lugar es un infierno.»

De esta opinion participa el ingenioso autor de la comedia traducida por el Sr. Escosura, y su obra es el mejor comentario de la definicion truncada que tan de perlas parecia al cura del cuento.

De otro modo piensa su héroe D. Modesto Revilla, antiguo comerciante de la calle de Postas, y actual propietario de una quinta en Villamenor, donde espera pasar el resto de sus días disfrutando las delicias y la paz de la aldea.—¡Las delicias de la aldea! ¡No hay duda que son para deseadas! La aldea es un término medio entre la ciudad y el campo, un monstruo híbrido, una entidad neutra, que sin presentar las ventajas de ninguna de las dos cosas ofrece á un tiempo las incomodidades y molestias de ambas: las privaciones de un despoblado y los vicios de una capital; la miseria de un cortijo y las

miserias de una corte. ¡Ah! El que dijo: Ó corte ó cortijo, ya supo lo que se dijo.

Esto ignora sin duda el buen D. Modesto, cuando en hora menguada traspasa su tienda y traslada sus penates de Madrid á Villamenor.—En el primer momento cree haber hallado la fórmula de la verdadera felicidad.—¡Qué comodidad y qué holgura! Su casa es un modelo de elegancia por fuera: fachada imitando mármol, jarrones imitando piedra, verja imitando bronce. Por dentro, en un palmo de terreno, ¿qué se yo cuántas cosas! Palomar, gallinero, corral, pocilga, pajar, cuadra;... en fin, todo lo que puede necesitar un hombre como D. Modesto.

¡Oh que vida tan regalona se ha de dar allí el muy taimado, *procul negotiis, solutus omni fenore*, esto es, lejos de la corte y de sus especulaciones criminales, *ut prisca gens mortalium*, en amable comercio con la naturaleza. Porque, eso sí, otra cosa podrá faltarle á Vd. en un pueblo, pero quien lleve en su alma el puro sentimiento de la naturaleza, como Virgilio, como Rousseau, como Saint-Pierre ó como D. Modesto, con asomar las narices fuera del lugar (sobre todo, si es de los inmediatos á Madrid), de seguro encuentra objetos que le suspendan y eleven el ánimo: aquí el lavadero, más allá el tendadero...; vamos, «la naturaleza en todo su esplendor,» segun la feliz espresion de nuestro héroe.

Y luego, más que las delicias, lo que busca D. Modesto, á fuer de filósofo, es la paz, la santa paz de la aldea.—¡Ya está fresco! El hombre es el mismo en todas partes; sus pasiones le siguen adonde vá, y el aire del campo, que suele curar las enfermedades del cuerpo, no tiene igual virtud contra las miserias del alma. El lugareño es el cortesano,—menos la cortesania, especie de barniz que si no corrige los vicios por lo menos los disimula. Bien pronto comprende D. Modesto á sus espensas lo que es la pretendida paz y la fraternidad de la aldea; él á quien coge de medio á medio la peor tacha que un lugareño puede echar en cara á su mayor enemigo: la de ser forastero.—¡Forastero! Palabra espantosa en cuyas cuatro sílabas van reconcentrados y embebidos todos los sentimientos ruines, todos los odios miserables, todas las malas pasiones, toda la cólera, toda la rabia, toda la envidia que puede atesorar el alma de un palurdo. Referir las asechanzas, los chismes, las calumnias de que es víctima el pobre D. Modesto, seria proceder en infinito. Baste saber que al fin, desengañado y contrito, levanta sus reales y se vuelve á Madrid, cuya agitacion y barahunda le han de parecer tortas y pan pintado si se toma el trabajo de compararlas con la paz de la aldea, que en mal hora quiso conocer y disfrutar.

Este pensamiento nada nuevo (manejado ya magistralmente por nuestro ilustre Breton) está presentado con tanto acierto como novedad por el autor francés, cuya obra en nada se parece á la del poeta español. A la pintura fiel y animada de costumbres y tipos aldeanos se unen en ella las peripecias de un drama interesante, que si no encubre muy bien su artificioso mecanismo, tiene en cambio una situacion de grande efecto teatral, presentada con maestria y desarrollada con vigor.

Dar colorido español á obra tan francesa como la comedia de Sardou, no es empresa de poco momento. El trabajo del Sr. Escosura,—sin que pueda citarse como un dechado de arreglos,—está hecho con inteligencia y tino. Los modismos más rebeldes del original aparecen hábilmente reemplazados por otros de igual valor y análogo efecto; y—justo es decirlo,—en alguna ocasion, la frase española resulta más cómica que la francesa. Lástima que quien tan gallardamente domina las dificultades del diálogo, no haya conseguido salvar algunas impropiedades del argumento. Para no citar más que un ejem-

plo, cuando se ha visto en España un baron tan terceramente aferrado á la vara de alcalde (y de alcalde de monterilla) como aquel que el poeta francés nos presenta rigiendo los destinos de Bouzy-le-Tétu, y que el señor Escosura traslada en cuerpo y alma á Villamenor? Por fortuna ó por desgracia, en nuestras aldeas los mayores contribuyentes huyen de tales honores, y consideran la alcaldía, más que como un cargo municipal, como una verdadera carga concejil.

En el buen éxito de la obra no ha tenido poca parte la ejecución, que sin llegar á buena es bastante acertada.— cosa rara en el teatro del Príncipe cuando no trabaja Romea.—Todos los actores (y son veinticuatro los que toman parte en la fiesta,) desempeñan sus papeles con esmero y buena fé. Boldun, representando un boticario pedante, locuaz y chismoso, hace del tal D. Lucas una caricatura exajerada, pero graciosa; García, con sus mofletes hinchados, sus ojos espantados, sus movimientos bruscos y sus palabras intermitentes, presta á la figura del tío Onofre toda la estúpida malicia que le conviene; y Alisedo, con su cara de Pascua y su sonrisa bobalicona, caracteriza muy bien la parte cómica de su papel: lástima que en las situaciones dramáticas se quede siempre corto.

—La porción mejor de los elogios corresponde de derecho á la Sra. Dardalla, que en el tercer acto tiene un momento tan feliz como mal recompensado por el público,—y más aun, al Sr. Zamora, que en todo el cuarto acto dá repetidas pruebas de talento y de conciencia artística, interpretando con acierto su difícil papel, sin esforzarse por arrancar aplausos, que á poca costa conseguiría con exagerar algunas frases, y logrando en cambio otra cosa que vale más: atraer la atención, despertar el interés, mover el corazón del público, que en tales momentos no se acuerda de aplaudir.

Federico Balart.

FÁBULA.

La pluma, la mano y la cabeza.

No recuerdo en qué lugar ni á qué fin, ni en qué sazón, se hallaron en un rincón reunidas allí al azar, una pluma muy usada

por el tajo ennegrecida,
una mano desprendida,
y una cabeza cortada.
Comprárlas quiso un inglés,
á verlas se aproximó,
y sorprendido quedó
al ver que hablaban las tres.
En su cartera apuntando
fué sus frases una á una,
cartera que el tiempo andando
á mí llegó por fortuna
sin saber cómo ni cuándo.

La pluma.

Olvidada duermo aquí,
pero aunque en el polvo estoy,
no me quita lo que soy
la gloria de lo que fui.
Yo la Historia enriquecí,
los misterios aclaré,
las luces multipliqué,
y de la nada en lo oscuro
brotaron á mi conjuro
amor, entusiasmo y fé.

La mano.

Mucho te enorgulleciste
y yo tu poder no acato,
que solo de mi mandato
dócil instrumento fuiste.
Para obedecer naciste
y de mí marchaste en pos;
¿quién vale más de los dos?
¿cuál debe ser más sagrada?
¿la pluma, por mí guiada,
ó yo, movida por Dios?

La cabeza.

Callad, vuestro orgullo vano
yo desharé como espuma,
¿qué fuera sin mí la pluma?
¿qué sin mí fuera la mano?
Sin el soplo soberano
del génio que alienta en mí,
¿á qué viniérais aquí?
¿Disfrutarais, ni aun de lejos,
de mi gloria los reflejos,
ni la ventura que os di?

El inglés.

«Dice la cabeza bien,
y sus razones son graves,
que pluma tienen las aves,

y el cerdo manos también.
Pero cabeza en que ardiente
brille del ingenio el sol,
¿quién la tiene? ¿Mucha gente?
—Los ingleses solamente
y acaso algun español.»

Lector, quien quiera que seas,
de cuantas cabezas veas
pocas hallarás vacías,
pero diez tienen ideas
y noventa, tonterías.

M. del Palacio.

MURMULLOS.

La Epoca tiene un nuevo revistero de salones: los artículos de esta clase son para el diario de la calle de las Torres artículos de primera necesidad.

El nuevo revistero se llama Fulano de Tal, y parece llamarse Pedro Fernandez.

¿Con qué entusiasmo describe á la jóven amiga y compañera de la infancia de la condesa de Velle, en quien se advina desde luego la sangre británica que corre por sus venas, esa figura poética é ideal, ese tipo de la juventud y de la belleza inglesa!

Me parece que la veo con el talma... Pero la descripción que hace del sarao de la condesa viuda de Velle, es una obra maestra de bisutería y siento no poder copiarla; se reirian Vds.

Nombra á tantas señoras aristocráticas y espresa las cualidades de cada una con tanto lujo de epítetos que ha dicho uno al leer el artículo:

—Eso no es una revista.

—¿Pues qué es?

—La Guia de Forasteros femenina.

Un casado, de buen tono, sale á la calle una mañana, y para entretener el tiempo examina los escaparates de Pizzala.

Una pulsera llama su atención.

—Si no estuviese ya en el cuarto menguante de la luna de miel, esclama, la compraria para mi esposa. Y la pulsera es magnífica. Amalia, la bailarina del teatro... la aceptaria.

Despues de mi mujer es la que más me ha flechado... Bien es verdad que Rosa, su amiga, es la que despues de Amalia...

Pero mi suegro dice que lo que hay que evitar es el primer paso...

UNA CONQUISTA.

I.

Isidoro Z*** es un muchacho alto, rubio como un caramelo, de facciones regulares y de aristocrático porte. En la calle cualquiera le tomara por el hijo de un grande de España, ó por el heredero de algun lord del Reino Unido. Y sin embargo, Isidoro no es sino simple estudiante de primer año de medicina, y descendiente por línea recta de S. M. el rey Chico de Granada.

El día primero de mayo último hizo su entrada triunfal en Madrid, con el bolsillo tan vacío como llena la cabeza de ilusiones y de proyectos amorosos, y fué á hospedarse á una casa de la calle de la Manzana, en la cual vivian algunos paisanos suyos.

Isidoro ha nacido con siglo y medio de atraso. A pesar de sus veintiun años cree á pié juntillas que un buen mozo como él tiene muchísimo adelantado en el camino de la fortuna; que el corazón de las mujeres es un polvorin que se incendia á la primera chispa; que el Prado es un campo de batalla en el cual se obtiene cada día una conquista, y que para cada estudiante hay en Madrid una duquesa de Medina cortada por el mismo patron que la de Jugar con fuego.

Animado por tan dulces creencias se echó á la calle al día siguiente de su llegada, y acariciándose el sitio donde con el tiempo deberá nacerle el bigote; y examinando el nudo de la corbata en cada vidriera que encontraba al paso, empezó á recorrer los sitios más públicos de la coronada villa, hasta que allá, al anochecer, cayó farto de aliento sobre un banco de la plaza de Oriente.

Isidoro no fué muy feliz en esta primera escursion. Aparte de tres ó cuatro costurerillas pizpiretas de regular palmito que encontró en la calle del Caballero de Gracia, no vió ninguna duquesa que tuviera trazas de fijar en él sus lánguidos ojos.

—Sin duda no es esta la hora en que salen á la calle!—se dijo.—Esta noche iré al Prado, y estoy seguro de que he de tener algun encuentro.

Y mecido por tan risueña esperanza, se dirigió á su modesto albergue á reparar el estómago y á echar algunas gotas de Lavanda en su pañuelo de bolsillo.

—¿Qué has visto por ahí de bueno?—le preguntaron en la mesa sus compañeros de pupilaje.

—Absolutamente nada.

—¿Te has perdido?

—¡Cal! Ya conozco á Madrid como si toda mi vida hubiese vivido en él.

—¿Y qué te parecen las madrileñas? ¿No has encontrado alguna guapita?

—¡Pchs! dos ó tres mujeres del pueblo no mal parecidas.

—Es que, chico, el ramo de costureras vale aquí un Perú. Hay caras capaces de resucitar á un muerto.

—¡Quita allá! ¡costureras! ¡y vosotros andais con esa gentuza?

—¡Calla! ¿pues qué piensas? ¿que los alumnos de Esculpio ruedan en coche y andan á caza de marquesas?

—¡Bah! ¡ya veo que no conocéis el terreno!

—Cuando tú le conozcas tan bien como nosotros, ya te convencerás prácticamente de que no hay en Madrid género que rivalice con las virtudes de la aguja.

—¿Yo? Nunca me rebajaré á tan plebeyos amores!

Los amigos de Isidoro soltaron una carcajada al ver la gravedad y el énfasis con que el novato acentuaba sus palabras.

—Pero Isidoro no se desanimó.

A las once de aquella misma noche enderezó sus pasos al salon del Prado, y una vez en París, como han dado en llamar á la calle favorita de los elegantes,—se puso á mirar descaradamente á cuantas señoras ocupaban las sillas, aquellas sillas inmortalizadas por la picante pluma de Mesoneros Romanos.

Isidoro estuvo allí hasta que agonizó el último reverbero, paseando arriba y abajo, escudriñando por todos los rincones, y nada!

Ninguna duquesa disfrazada de manola se acercó á declarar su atrevido pensamiento.

—¡Eso es que no han reparado en mí! Como no hace

más que veinticuatro horas que estoy en lo córte, nada tiene de extraño.

Este pensamiento le consoló.

Abandonó el paseo con un soberano dolor de piés y fué á buscar su humilde catre de tijera.

II.

En los cuatro primeros meses de su permanencia en la corte, Isidoro gastó ocho pares de botas en recorrer las calles de Alcalá, San Gerónimo, Carretas, Príncipe y Montera, y las encrucijadas del Prado y del Buen Retiro.

Y sin embargo, ninguna duquesa de Medina le habia perseguido con sus importunas declaraciones.

—¡Es original!—se decia Isidoro,—las mujeres pasan de largo con la mayor indiferencia, sin dignarse fijar la atención en mí! ¿Si olerá este maldito estuche de esca-pelos que algunas veces llevo en el bolsillo á los cadáveres del anfiteatro? ¿Si tendrán razon mis compañeros cuando dicen que en Madrid no hay más que amores prosáicos y plebeyos? ¡Pero no, yo encontraré ó pierdo el nombre que tengo! El día que menos piense me envian alguna perfumada misiva ó me tropiezo con alguna aventura que merezca la pena. Dicen que no se ganó Zamora en una hora.

Y siguió acostándose todas las noches con la esperanza de hallar á la mañana siguiente su aristocrática beldad.

El carácter que describo es rigurosamente histórico. Isidoro no solo es un simple estudiante de medicina, sino que puede posponérsele el adjetivo y hacerle estudiante simple sin que se falte á la verdad. Su candidez no tiene limites y es digna de un patriarca antidi-luviano.

Un día en que Isidoro se hallaba á la mesa con sus compañeros, se oyó un campanillazo y una voz que gritaba desde la puerta de la calle:

ESCENAS AL AIRE LIBRE.



LA SORPRESA.

—D. Isidoro Z***!
Era el cartero.
Nuestro héroe se levantó con la servilleta al hombro y recogió de manos del funcionario público una epístola de sobre color de rosa, que exhalaba un ligero perfume á almizcle.
El mes tocaba á su término y los estudiantes esperaban la remesa paternal, como la venida del Mesías.
Como que entre siete que habia en la casa no reunian un doblon de capital.
—¿Quién te escribe?—le preguntaron los compañeros al volver al comedor.—¿Has recibido letra?
—No; es una carta de Madrid.
Isidoro la abrió, y no bien fijó la vista en su contenido, sus mejillas se pusieron bermejas.
—¿Es algo interesante, Isidoro?
—¡Pchs!
—¿Tienes alguna intriguilla entre manos? Te has puesto encarnado como una amapola.
—¡Ca! es de un amigo que se marcha de Madrid y me dice que vaya á despedirle.
—¿Pues no gasta perfumes el angelito! desde que tienes la carta en la mano hay aquí una peste como en el vestuario de una actriz.
—Es que es un chico muy elegante.
—¡Ya!
Diez minutos despues, Isidoro saboreaba por la quinta vez en un rincón de su cuarto las azucaradas líneas del billete color de rosa.
—Isidoro! Isidoro!—decía la carta.—una pobre mujer que no puede sofocar por más tiempo los gritos de su corazón, y cuyo elevado rango no le permite darse á conocer, te escribe hoy para decirte que te ama como las flores aman la luz, como la brisa ama las flores, como el nevado disne las cristalinas aguas del lago, como los cuerpos el centro de gravedad.
«Algun dia sabrás quién soy.
Por ahora, silencio, y no dejes de ir al Prado todas las tardes.»
Isidoro creyó volverse loco.

«Había encontrado por fin su duquesa de Medina?
—La última metáfora del centro de gravedad no le parecia tan poética como las otras; sin embargo, el estilo, el carácter de letra fino y correcto, aquel delicado perfume, todo indicaba que el billete procedía de una mano acostumbrada á llevar guantes.
—¡Oh! bien sabia yo que tarde ó temprano encontraría una aventura!—exclamó guardando cuidadosamente la perfumada epístola en lo más escondido de su cartera.—¿Quién será esta mujer?—añadió.—¿Alguna de las que todas las tardes pasean en coche desde la puerta de Atocha á la calle de Alcalá!
Y el buen Isidoro se estacionaba en el Prado en cuanto daban las cinco, y devoraba con los ojos los carruajes de la aristocracia madrileña.
Pero la misteriosa gacela presa en la red de sus amores debía ser muy disimulada, porque ninguna de aquellas indolentes beldades que en carretela descubierta iban al célebre paseo á lucir sus encantos parecia darse por entendida de las volcánicas miradas ni del profundo exámen del estudiante.
Isidoro recibió hasta una docena de billetes á cual más apasionados, en los cuales su desconocida amante le hablaba de la inmensidad de su amor, de su elevada posición y de los poderosos motivos sociales que la obligaban á guardar el misterio.
El discípulo de Hipócrates no sabia lo que le pasaba: su imaginación no era imaginación; era un cohete á la congreve que no esperaba más que una chispa para dar un estallido.
Cada semana llegaban tres billetes.
Sus compañeros echaron de ver este aluvion de cartas color de rosa, y no pudieron ménos de decirle:
—Chico, tienes más correspondencia que un ministro.
¿Quién mil diablos te escribe tan á menudo?
—¡Pchs! Varios amigos.
—¿Y todos se ponen de acuerdo para mandarte las cartas con sobre color de rosa?
—La casualidad...
—Y ese olor de almizcle, ¿es también casualidad?

—No todas huelen.
—Vamos, francamente, Isidoro, tú tienes alguna aventura.
—¿Qué tal?
—¿Quién es ella?
—¿Es guapa?
—¿Elegante?
—Aristocrática? Porque supongo que tú no te degradarás hasta el extremo de andar en amorfios con una costurera.
Isidoro dirigió á sus compañeros una mirada olímpica.
—¡Pchs! crean Vds. lo que les dé la gana,—repuso.
—No seas huraña, chico, y cuéntanos algo:—entre estudiantes no hay secretos.
—Repito que son amigos los que me escriben.
—Pues enséñanos una carta.
—Son asuntos reservados.
—¡Ya!
El billete número trece, sacó á Isidoro de sus casillas, y le hizo pegar un brinco tan enorme, que me rio yo de los que daba Ratel en sus buenos tiempos.
Aquel dia no comió, y anduvo por toda la casa dando vueltas como un hombre atortolado.
Iba y venia de la cómoda al espejo y del espejo á la cómoda, sacando pomadas y aguas de olor, escogiendo la mejor camisa, la corbata más elegante, el chaleco de mejor corte y las botinas ménos injuriadas por el tiempo.
—¿Qué decía aquel revolucionario billete?
—¡Ahí es un grano de anís!
—Isidoro, me es imposible resistir por más tiempo á la tentación de hablarte. Sé que cometo una imprudencia que tal vez pagaré muy cara; pero no puedo remediarlo:—mi corazón lo ordena.
A las nueve de esta noche hallarás un carruaje parado en la esquina de la calle del Desengaño y de la calle de la Ballesta.
Nada tengo que prevenirte, porque sé que eres todo un caballero.»
Federico de la Vega.
(Concluirá.)

De pronto entra en la tienda, compra la pulsera y sale diciendo:

—Voy a dársela a Rosa.

Créanlo Vds., el mejor medio de evitar el primer paño, es empezar por el segundo.

Un joven abogado que ha ganado la toga á fuerza de recomendaciones, ha sido empleado hace poco en una Sociedad de crédito.

El pobre chico no ha inventado... ni la *Correspondencia*.

Su director le encarga una operacion aritmética, la embrolla y la presenta.

—Esto está mal, y no me sirve Vd.

—Sin embargo...

—Cualquier muchacho de la escuela lo haria mejor.

—Pues bien, es cierto... A mi en sacándome de mi ramo...

—De su *ramal*, querrá Vd. decir, exclama el director, y le despide.

En Granada se ha inaugurado una nueva casa de expositos.

Un periódico dice con este motivo que no puede menos de elogiar á un municipio que se apresura á satisfacer las más apremiantes necesidades de sus administrados.

La Junta de clases pasivas ha clasificado últimamente al Sr. Hazañas.

Es verdad que no le quedan más que 40,000 reales de cesantía, pero aun puede caerle el premio gordo si juega.

Un caballero particular se queja en un periódico con bastante energía, de que la empresa de un ferro-carril no pone caloríferos.

—¿Qué hemos de hacer en vista de este suelto? pregunta el director de la misma á uno de los empleados.

—Dejar los wagones como están.

—Mire Vd. que el autor del comunicado se espresa con mucho calor.

—Por lo mismo no necesita caloríferos.

En vista de que Lamartine va á publicar de nuevo sus MEMORIAS, hay quien presume que tiene más memoria que entendimiento. Otros, en cambio, aseguran, y yo opino como ellos, que sus admiradores necesitan lo que les dá el poeta, porque ya no se acuerdan del dinero que les ha sacado contándoles su historia.

En Portugal se ha suprimido de real orden el latin. Es un gran medio de no pararse en el *quis vel qui*.

Los caballos están amenazados de muerte. En Barcelona va á venderse su carne, en Valencia va á celebrarse un banquete hipofágico.

Un paso más, y el hombre que se come á su más leal amigo, se devorará á sí mismo. ¿Qué porvenir de coces!

La *Tipografía*, que es un periódico muy bonito, ha publicado unos versos al autor del *Quijote* que empiezan así:

—Bardo: cuando te levantas del lecho, ve el Calendario.

—Día nueve.—¡Aniversario de la aurora de Cervantes!

—¿Continúa?

—No señor, basta... un bardo que posee un Almanaque, el del *Zaragoza*, por ejemplo, es lo último que puede concebir la imaginación: no hay nada más allá.

—Sí, hombre, el autor de los versitos.

Ya se lee en las esquinas: los *Trescientos mil duros*, historia de un pobre hombre...

—¿Sabe Vd. que la tal novela, decia ayer una inocente lectora, ha de ser de interés?

—No lo crea Vd., le contestaron, es de intereses.

Una joven norte-americana ha aspirado á formar parte del Congreso de su país, y solo ha obtenido ocho votos.

Es lastima: las mujeres tienen grandes disposiciones para este cargo; no hay quien las gané á decir *se ó nó*.

Un peluquero, al anunciar una pomada para que no se caiga el pelo, dice muy serio: «En estos últimos treinta años los peinados han sufrido innumerables modificaciones, más ó menos exageradas, pero en la actualidad la moda ha arrastrado á nuevos estravíos, habiendo resucitado los cuernos.»

—¿Confíen Vds. sus secretos á un peluquero!... Está visto, ya no hay de quien fiarse.

Blas Pérez.

CABOS SUELTOS.

Segun las últimas noticias, parece que el emperador Maximiliano desembarcará en Gibraltar.

Tambien se dice que no ha abdicado, sino que viene á dar un paseo.

Después de habernos dado el telégrafo por terminada y vencida la insurreccion de Candia, nos encontramos con que continúa con más fuerza que nunca.

La cuestion de Oriente llama con este motivo otra vez á la puerta.

Pero Francia é Inglaterra dicen que no están en casa.

Se anuncia para el dia 15 la publicacion de un nuevo periódico político titulado *El Imparcial*.

Espero el primer número para conocer su calor político.

Paréce que se hace en España gran consumo de aceite de bellotas.

No lo extraño.

La *Civil* va á estrenar en Valencia una tragedia.

Toda tragedia representada hoy por actores españoles suele acabar en sainete.

Opera italiana.

El barbero de Sevilla es la última novedad vieja del teatro Real.

¡Treinta reales porque le afeiten á uno!

El Sr. De-Bassini cantó la parte de Figaro, y, francamente, me pareció *De-bajini*.

En cambio de la notable maestría con que el Sr. Selva canta el aria de la calumnia, le perdonamos otros excesos y le aplaudimos.

Palermi se llama el tenor que hizo el papel de Almaviva, que era toda un *Alma-muerta*.

La Sra. Borghi nos agradó menos que en otras óperas, y el Sr. Scalesse es un excelente caricato.

En resumen: este *barbero* me obliga á dejarme la barba. No me afeitó por ahora.

En *La paz de la aldea* se distingue la Sra. Dardalla, y es acreedora á un bombo de GIL BLAS.

Al verla progresar en el arte de la declamacion, bien puede aplicarse á esta excelente actriz la antigua máxima de Corradi:

—Hoy más que ayer, mañana más que hoy.

Entre las varias mejoras que, segun tenemos entendido, piensa introducir el Sr. Romea en el Conservatorio, es la primera y quizá la más importante la formacion de una biblioteca que, gracias al inteligente celo del eminente artista, está muy adelantada y pronto quedará establecida. Buena falta hacia que el Conservatorio cayera en manos tan amigas como las del Sr. Romea.

Los estudios de nuestros pintores están muy animados estos dias. La mayor parte de ellos tienen ya concluidas ó muy adelantadas sus obras. En cuanto á nosotros, ya hemos mandado disponer la trompeta y el puchero de la cal. Casi todos los cuadros de que tenemos noticia son de gran tamaño. Confiamos, pues, en que habrá tela, mucha tela.

Comer es el purgatorio,

tener que comer, el cielo,

pedir de comer, el limbo,

dar de comer, el infierno.

De las ocho ó diez comedias nuevas que se anuncian, las dos terceras partes son arregladas. Aun así, estoy seguro de que *saldrán* todos los autores... menos el francés.

Un amigo nuestro, muy aficionado á las etimologías, ha encontrado que la del lugar de la Mancha llamado Daimiel, se refiere á algun personaje muy dadvoso y dulce de carácter del cual se decia: *da y miel*.

Después se añadió *sobre ojuelas*.

No cabe duda que toda la humanidad está hecha del mismo barro, pero con el mismo barro se hacen estatuas y pucherós.

Un editor muy conocido va á publicar en un tomo varias poesias de Zorrilla, entre ellas *El cuento de las flores*.

Esperamos que el publico lo leerá con avidez, siquiera por ver si lo entiende.

En Madrid hay una sociedad que se llama *El Porvenir de las familias*.

En esta sociedad impuso un amigo nuestro hace algun tiempo ochocientos reales, y son tales las ventajas de que gozan los imponentes, que en los pocos años transcurridos el capital y las ganancias han ascendido á seiscientos reales.

Francamente; si el porvenir de mi familia ha de ser dar ochocientos y cobrar seiscientos, mi familia tiene un porvenir muy desastroso.

¿Será quizá que el porvenir de mi familia sea una consecuencia precisa del pasado y el presente de esa sociedad?

Entonces creo que su porvenir es todavía peor que el de mi familia.

La triste pérdida de la estimable actriz Adela Alvarez, retrasará algo en la Zarzuela los ensayos de *La estrella de Belen*.

Es, sin embargo, seguro, que esta obra se pondrá en escena para la Pascua. Prometo ir á verla, aunque bien sabe Dios que soy poco amigo de *belenes*.

Algunos periódicos han dado en decir que *La Correspondencia* no publica más que mentiras.

—¿Y de eso se sorprenden Vds?

Hay momentos, decia un andaluz, en que quisiera que Dios echara sobre la capa de la tierra otra capica de pólvora y me echara á mí una ascuilla en la palma de la mano. Creo que no llegaría á sentir ni el calor.

El Sr. Benitez Caballero ha publicado un folleto titulado *La cuestion de Roma*, en defensa del poder temporal del Papa.

Grandes deben ser las razones y argumentos del señor Caballero cuando nadie le contesta.

—¿Qué felicidad, decia una amiga á otra, si los hombres fuesen ángeles!

—Pues, hija mia, todos los que á mí me han querido lo son.

—¿Por qué? preguntó con interés la primera.

—¡Ay amiga de mi alma! porque *han volado*.

Solucion al Logogrifo del número anterior:—GIL BLAS.

ANUNCIOS

PILDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

En poco tiempo nuestras pildoras son apreciadas en España y Ultramar, como lo acreditan los testimonios que diariamente recibimos. Con su uso desaparecen las jaquecas, los dolores de cabeza, las afecciones de corazón, la clorosis, las malas digestiones, la bilis, obstrucciones, las lombrices, las flemas, los humores, etc. Dan apetito y vigor, Hortaleza, 9.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

Política, Económica, Científica, Literaria y Artística.

AÑO III.

Se publica en Madrid, con la colaboracion de nuestros primeros escritores, dos veces al mes en cuadernos de 40 páginas en folio á dos columnas cada uno.

SUMARIO DEL NÚMERO 45.

Estudios sobre la crisis económica (4.º), por Luis M. Pastor.—Las Cortes de Aragón (3.º), por Fermín G. Moron.—Reformas en Ultramar, por H.—Sobre cantares populares, por V. Ruiz Aguilera.—El Café por J. Acosta.—La Filosofía novísima en Alemania, por Nicolás Salmeron.—La Biblia del alma, por José Alealá Galiano.—Crónica de la quincena. Política general, por R. M. Labra.

PRECIOS.

En toda la Península: Un número suelto 6 rs.; un trimestre, 20.—Extranjero: Portugal, 40 rs. trimestre. Resto de Europa, 12 francos.

Se suscribe: Administración, 'Soldado', 1, duplicado, bajo.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.